

# 1. Me explico

Yo no iba a abrir la boca, pero con la que se ha armado, ¿qué voy a hacer?, ¿dejar que otro desembuche antes que yo, me haga quedar en ridículo con alguna versión amañada y de pilón se lleve todo el crédito? No. No y no. Mejor suelto de una vez la sopa y si no me quieren creer qué más me da, tírenme a locas, yo tengo la conciencia tranquila, les estoy pasando al costo el motivo del borlote, la razón de la alharaca. Señoras y señores, señoritas y muchachos –nótese que no me achico aun teniendo enfrente multitud varia–: de primera fuente les informo de que los que han despertado tantas conjeturas, comentarios y fotografías no son actores, payasos ni impostores, los que ustedes vieron en Madrid son auténticos, son los originales, no la calca o la copia, sino los verdaderos, como decimos en mi tierra: la mera neta. Si los medios han reproducido fotografías de una que «se parece» a Virginia Woolf en el paseo de la Castellana, de la «idéntica» a Victoria Ocampo en la calle Serrano, de un «símil» de Bioy Casares acompañado de otra «igualitita» –el comentario se publicó en México– a Silvina Ocampo en la Ancha, y, horas después, en la misma mesa con otra parecida de manera asombrosa a la joven Elena Garro, o de «un» Oscar Wilde en el Café Gijón donde también estaba «una» Edna St. Vincent Millay marcando con el bilé la cara del nicara-güense Salomón de la Selva y en el espejo «Dios de los cielos, ¿no llegará nunca el atardecer?», o de «un casi» Rabin-

dranath Tagore, en el vegetariano Artemisa, es porque son ellos mismos. El que calificaron de «payaso» por entrar a la Biblioteca Nacional disfrazado de Homero, es Homero en persona. El gigante que daba largos trancos desplazándose de un extremo al otro del bar del Hotel Plaza, alegando exaltado con marcado acento argentino y frenillo, era Cortázar, y el que estuvo a su lado unos minutos –los únicos en que Julio dejó de caminar como un león enjaulado– era Sartre. Lo que ustedes han presenciado es la aparición de los escritores que acabo de mencionar, entre muchos otros. Algún astuto pudo haber grabado la imagen del bello Ovidio paseando por el Madrid de los Austrias, o a Hemingway jactándose con vocerrón de ser Hemingway, a Drieu La Rochelle deambulando solitario, a Sylvia Plath despojada de toda melancolía, algo exaltada, colgada del brazo de un precioso que no era Ted Hugues. Hubo otros que durante su estancia madrileña hicieron lo que les negó la vida, sobre todo mujeres: Sor Juana enfundada en jeans se tomó unas de vino con George Sand, las dos hablando sin parar, sentadas en una mesa en la plaza Platerías; Emily Dickinson, Jane Austen y Carson McCullers tuvieron un ataque de risa cuando Clarice Lispector les tradujo lo que acababa de llamarlas un mesero: «chulas».

Lo que creyeron un acto de mago callejero, fue Mishima representando o interpretando una vez más su suicidio a la entrada de El Corte Inglés de la Puerta del Sol. Si la sangre de los fantasmas fuera tinta como la nuestra, menudo salpicadero, pero no enchastró a nadie. Reprodujo el acto antes de salir hacia el Teatro de la Zarzuela. De lo que pasó ahí, tendremos que hablar más, pero no ahora que estamos en lo de Mishima: un puño de paseantes se detuvo a ver el acto ritual que «un chino» hacía, desplomándose por unos segundos, las tripas de fuera, y recuperándose en cosa de instantes, poniéndose de nuevo de pie y echando a andar.

No me detengo más, que para esto llegará su tiempo. Resumiendo: estas celebridades, entre otras, estuvieron en Madrid hasta la madrugada de hoy. Puede ser que algunas to-

davía anden por aquí, rumiando y discutiendo sobre las consecuencias de lo que ocurrió en el Teatro de la Zarzuela la noche de ayer. Les pido disculpas públicas por los problemas que mi revelación les ocasione. No a todas, reconozco que me regocijo de la jaqueca provocada a unos perros que me la produjeron antes, tampoco tengo que pasar por hipócrita.

El motivo de su estancia es claro como el agua: vinieron a El Parnaso, la reunión de escritores que se celebra de manera intermitente desde el siglo XIX y establecida anual las últimas dos décadas, que por primera vez tuvo lugar en Madrid y que, en vista del desenlace, será sin duda también la última madrileña y el último de todos los El Parnaso. Yo fui la Presidenta, la que daba cierto tipo de órdenes, hasta un cierto punto la mera mera petatera, la que sus cacahuates truenan, y también su bofetita, la «¿le limpio sus zapatos?», les hace servicios, los saca de líos, les resuelve y arregla, la «para-servirle-a-usted». El Parnaso se acabó. No necesité presentar mi renuncia, hablar aquí sería desertar, cerrar la puerta y agarrarme con ésta los dedos, porque rompo aquí con la regla de oro, la discreción, sin ésta es imposible ocupar el puesto de Presidenta Organizadora del Festival Literario El Parnaso. Ocupé el cargo cinco años –la primera mujer, por cierto–. Antes de esto, no me caractericé por ser muy amiga de Discreción, pero desde que me nombraron me esmeré en procurarla. Ahora puedo hablar. El Festival Literario El Parnaso se acabó para siempre, pero El Parnaso no.

Son miembros de El Parnaso los autores consagrados, tienen derecho a pertenecer al tocar base, que es decir el ataúd o el horno, según indique su última voluntad o la de sus deudos, queridos o no. Ésta es mi opinión: sin despreciar los demás ingredientes de la vida literaria –que no es tan vida como dice su nombre, sino más bien congelador anticipado, borreguismo en la mayoría de los casos, vendetta cuando se pone interesante, brazo de los mecenas o los tiranos, corsé de las costumbres–, los muertos tienen la última palabra de quién será y quién no miembro de El Parnaso, sólo ellos tie-

nen la facultad de consagrar. Eça de Queiroz no estaba del todo perdido cuando creía que necesitaba hacer cosas irracionales para tener éxito –al margen, por supuesto, de escribir libros geniales–: practicaba rituales de supersticioso, como entrar con el pie derecho a su casa, mudarse de ojal los botones del puño de su camisa; temía el ulular de los perros, el piar de los mochuelos y el aceite derramado. Cuando estaba por aparecer *La reliquia*, soñó que una persona le pedía al cura de la parroquia que por favor le diera la reliquia, y que el cura comprendía que no hablaba de cualquiera (una astilla de cóccix, trozo de parietal, mechón de cabellos, lágrimas de la Virgen, trozo del manto del hijo de Dios, astilla de la cruz de equis mártir), sino que lo que el fiel le estaba solicitando era *La reliquia*. El cura se retiraba a la sacristía, regresaba a la iglesia cargando una pila de ejemplares de *La reliquia*, daba una copia al peticionario y repartía las demás a diestra y siniestra. Eça, en el sueño, entendía que la gente los leía porque el cura había tocado los ejemplares, y así la escena fuera absurda, mero pasaje morfeo, desde entonces hasta el fin de su vida, cada vez que Eça publicaba un libro, enviaba un ejemplar al párroco cuidando de que el sobre no llevara ningún remitente para que no pudieran regresárselo. Eça estaba convencido a pie juntillas de que el objeto de sus críticas más acérrimas, el representante de la institución que él despreciaba, tenía el poder de hacer que su libro se leyera. No estoy diciendo que cambiarse de ojal los botones o darle un libro de óbolo al párroco sirva de maldita la cosa a un escritor, pero sí de que la posibilidad de pertenencia a El Parnaso queda en manos de los que no están aquí, de los que son del pasado y que, por lo tanto, resta totalmente fuera de nuestro control. El destino de nuestras obras es a capricho de la suerte, aunque no sea precisamente *suerte*, sino la influencia, el peso de los del otro lado. Sí, sí, ya sé: lo más probable es que usted lector no me crea. Si yo estuviera en sus zapatos, opinaría lo mismo, pero los míos ya vieron, viajaron el camino de ida y vuelta, y qué otra puedo creer sino lo que mis ojos ven, mis oídos sienten

y mi entendimiento capizca. Y ya sé que esto no es sobre mi persona, pero debo explicar qué hago embrollada en este asunto: ¿Que yo quién soy, que por qué lo sé? No soy nada sino una más entre muchos otros escritores muertos en vida. Tienen toda la razón para mirarme por encima del hombro. Pero por esta no muy envidiable situación, me tocó en suerte el nombramiento de Presidenta de El Parnaso. Como les comentaba, estoy en este cargo desde 2002, cuando yo era una muerta que aún tenía ilusiones de vivir, de ser considerada escritora, pero ya borrada completita. No les costó trabajo convencerme de que aceptar el cargo era lo mejor que podía pasarme. La verdad es que ya tenía que haberlo dado todo por perdido, pero la fe es lo último que se pierde. Ningún editor quería mis libros, ningún crítico mi obra, no tenía yo ni un triste lector, ni un académico, ni el más perdido, se interesaba en, ya no digo estudiarme, siquiera en nombrarme, no había un perro que me ladrara, aunque yo continuaba tenaz con el intento de morderles. ¡Ah, qué gran ridícula!, hacía el gesto del que lidia con la jauría cuando no tenía para mí ni el rincón del confesionario. Un día fui a dar una lectura –luego de mucho mendigarle al organizador de un ciclo de poesía que aceptó por piedad, aunque bien se guardó de no asistir el día acordado–, vestida con unas gasas flotantes añadidas al vestido para darle énfasis a los versos (imagino), para estar a la altura de las circunstancias (que eran nulas), para parecer una ver-da-de-ra poeta, y ¿qué creen?, que no llegó nadie. Nadie sino yo. Ni el que encendía el micrófono.

Ahora, ¿que por qué los ilustrísimos miembros de El Parnaso eligen para gobernar su reunión anual en la tierra a antes que están así, en el limbo? Para mí la respuesta es obvia: porque son muertos y quieren interactuar con quienes sientan alguna familiaridad. No quiero ponerme solemne, pero la única comparación que se me ocurre es con la ciudad de México del XVI y el XVII: los españoles preferían tener en el servicio doméstico a los negros, con los que ya tenían familiaridad, que a los indios, de los que no entendían aún mal-

dita la cosa. Pero quede claro que no contrataban a los propios para servirles, sino a los de otro colorcito. Así es como me escogieron a mí, limbodense (¿cómo decir «del limbo?»), no viviente, cercana pero distinta, familiar pero no su consanguínea. Cabe pensar (disculpen el filosofar de pacotilla, no tengo a la mano una manera que sea menos poca o más elegante, siquiera algo francisquilla u octaviana o virgilesca, dense de santos que no es chuchotilla o peralvillina, y hasta aquí, que se nos acaba la tinta y no hemos llegado a niunlado) que eligen a los del limbo porque no encuentran de otros que acepten, porque todos, y dije todos, todos los escritores son de natural egocéntricos, ¿a qué hora van a dedicarle la cantidad bestial de tiempo propio a este trabajo?, ¿de pura generosidad?, y digo lo de egocéntrico incluyéndome, porque si yo acepté la chamba no fue por amor al arte o por estar cerca de autores que admiro, sino por ir tras el hueso que me ofrecían: un día pertenecer a su selectísimo grupo.

Ya dejemos los paréntesis: el... (pero tengo que agregar uno más para clarificar por qué me eligieron los muertos, quién me va a creer que porque soy una escritora muerta, de éstos y éstas abundan –o abundamos–. Primero porque lo de estar cadaverino quiere decir muchas cosas: muerto para el ojo público, muerto uno mismo como escritor –no escribir ni un pío, o sólo caca de pío–, muerto para la vida con los otros, la vida social. Yo las ligaba todas y con agravantes, soy una supramuerta. ¿Que cómo conseguí esta situación tan poco envidiable? La explicación es muy sencilla: el excipiente cbp es que vivo en Nueva York. Lo saben todos porque es lugar común, y no sé si lo fue desde antes de E. W. White o si él fue quien comenzó con el conque de que no hay mejor ciudad para alcanzar la soledad total, ni mejor para saberse desplazado del centro. Es una ciudad ideal para escribir, a su manera: no faltan estímulos ni sobra aislamiento. Otra que dijo E. W. White es que a esta ciudad no viene nadie que no esté buscando un golpe de suerte. Pues bien: yo no he tenido suerte, y cuando dizque la tuve fue pagando con el bien máspreciado, el tesoro del tiempo, porque desde

que me enganché en esta aventura con los de El Parnaso, ¡adiós momentos dorados donde podría yo tomar la pluma!: me volví más que su empleada, soy su auténtica esclava. Todo mi tiempo ha sido suyo, el tiempo de los muertos. Porque serán célebres, serán escritores, serán Aristóteles y Plutarco y nombrezotes así, pero esto no les quita lo muertos. Encima, confieso, cuando me eligieron, cuando me olieron lo supracadaverina, no se identificaron como nada que no fuera «muertos». Al principio huí lo más que pude de ellos, luego los ignoré, luego les volví a huir, luego los volví a ignorar. Se me aparecían en todos sitios. Creí que estaba perdiendo la razón hasta que puse atención a sus mensajes y comprendí que en esas apariciones había algo muy razonable. Tuve que enfrentarlos. Pero hacerlo no ha sido una solución para el problema, porque a los más no les entiendo un ápice, no es cosa de la lengua que hablen porque los muertos entran automáticamente a una zona digámosle esperanta cuando encarnan en las fundas con que regresan de visita a la tierra, sino que no entiendo de qué hablan, de qué se quejan, vienen de universos muy diversos, y eso qué más da, la clave es que es muy perturbador lidiar a diario con muertos. Pero qué puedo decirles, aquí en Nueva York me pareció un ejercicio inevitable; no sé si en alguna dosis pase esto a los que no viven en su tierra, si sea una de las características del exilio, o si sólo sea la naturaleza de la ciudad: ésta parece siempre estarse vendiendo a sí misma como una promesa, como algo que tiende al futuro, como tierra para competir y ganar, y en su imagen de sí misma parecería que no hay sitio para sus propios cadáveres, y que los que ingresamos a la ciudad tenemos que hacerles lugar a costa de nosotros mismos. Ahora sí ya dejemos los paréntesis).

El cargo no es del todo despreciable, sólo puede estar en manos de un escritor que, aunque no sea reconocido, no tenga obra de quinta. De hecho debe tener obra de primera. No desembucho quiénes lo han ocupado previamente porque van a decir que me estoy dando ínfulas de requiquí y no se trata de esto.

Reitero que el motivo principal para desear ser Presidente de El Parnaso es que el trato con los del otro lado es un auxilio, una palanca, una influencia formidable para los escritores. Son imprescindibles, sin ellos no hay cómo acceder al Parnaso; por esto es que aceptamos, los que estamos en posición cadaverina (o supracadaverina, como era mi caso), la chinguísima que es esta chamba, por la promesa de futuro reconocimiento, no porque nos traguemos la ilusión de ser el canchanchán; lo que queremos es el premio que viene tras el castigo. No diré nada más de mí, que lo que menos *importa* en esta explicación soy yo. Si omito algo, será para darle credibilidad a lo que digo, pero la verdad es que no insistiré en persuadirlos, explico porque no queda de otra, no para convencer o convertir o ganar fieles, ninguna falta me hace.

Antes de pasar a lo siguiente, les advierto de nuevo: el que tiene el cargo no puede escribir una línea mientras esté en funciones, ni una maldita línea. Así que atrás de él o de ella tiene que haber ya una obra hecha porque si no para qué, no quiere uno pasar a la historia como uno más de esos nombres huecos, los hay hasta en la lista de los Nóbeles, autores famosérrimos a los que no hay hueso que roerles. No, de ninguna manera. Yo tenía con qué ampararme. No hay mal que por bien no venga: estar muerto en vida no le hace mal a ningún escritor, le da libertad, le permite pelear contra esa enfermedad literaria, si es que es literaria, que se llama «el mal de la estatua». La explico rapidísimo: los figurones escriben a menudo como estatuas, un fastidio. En ese caso, sus libros son verdaderos ladrillos. La gente los compra porque el autor es cinco estrellas, pero con el libro no pueden llegar a ninguna parte, excepto al quiropráctico, yendo y viniendo con mamotretos que no se pueden leer ni de chiripa.

Así que sin más de lo anterior, porque ya me estoy perdiendo, voy a empezar esta relación de los hechos en orden.